



www.loqueleo.com/es

Título original: LES VACANCES DU PETIT NICOLAS

El pequeño Nicolás, los personajes, las aventuras y los elementos característicos del universo del pequeño Nicolás, son una creación de René Goscinny y Jean-Jacques Sempé. Los derechos de depósito y de explotación de marcas ligadas al universo del pequeño Nicolás quedan reservados a IMAV éditions. Le Petit Nicolas® es una marca registrada verbal y figurativa. Todos los derechos de reproducción o de imitación de la marca y cualquiera de sus logos están prohibidos y reservados.

© 2013, IMAV éditions / Goscinny-Sempé

Première édition en France: 1962

© De la traducción: 2005, Miguel Azaola

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-031-2

Depósito legal: M-37.676-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: febrero de 2018

Más de 50 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Las vacaciones del pequeño Nicolás

Goscinny-Sempé

loqueleg



Ha terminado un curso escolar dedicado al estudio. Nicolás ha obtenido el premio a la elocuencia, que en su caso recompensa no tanto la calidad como la cantidad, y se ha separado de sus condiscípulos, que todos conocemos: Alcestes, Rufo, Eudes, Godofredo, Majencio, Joaquín, Clotario y Agnan. Los libros y los cuadernos ya están guardados. Es el momento de pensar solo en las vacaciones.

Pero, en casa de Nicolás, la elección del lugar donde van a ir a pasar esas vacaciones no es ningún problema, porque...



Quien decide es papá



Todos los años, o sea el año pasado y el anterior, porque antes es muy antiguo todo y ya no me acuerdo, papá y mamá discuten muchísimo para saber adónde vamos a ir de vacaciones, y mamá se echa a llorar y dice que va a irse con su mamá, y yo también lloro porque a la abuela la quiero mucho, pero en su casa no hay playa, y al final vamos adonde quiere mamá, que no es a casa de la abuela.

Ayer, después de cenar, papá nos miró con cara de mal genio y dijo:

—¡Escuchadme bien! Este año no quiero discusiones. ¡Voy a decidir yo! Iremos al sur. Tengo las señas de un chalé que se alquila en Plage-les-Pins. Tres habitaciones, agua corriente

y electricidad. No quiero saber nada de ir a un hotel y comer una bazofia lamentable.

—Pues muy bien, querido —dijo mamá—. Me parece una idea magnífica.

—¡Viva! —dije yo, y me puse a correr alrededor de la mesa, porque es difícil quedarse sentado cuando uno está contento.

8 Papá abrió mucho los ojos, como cuando se asombra por algo, y dijo:

—¿Ah, sí? Pues qué bien.

Mientras mamá recogía la mesa, papá fue al armario a buscar sus gafas de pesca submarina.

—Ya verás, Nicolás —me dijo papá—. Vamos a pasarlo fantástico pescando, tú y yo.

A mí me dio algo de miedo, porque todavía no sé nadar muy bien. Si me ponen en el agua con cuidado, sé hacer la plancha, pero papá me dijo



que no me preocupara, que él iba a enseñarme a nadar, que había sido campeón interregional de estilo libre cuando era más joven y que todavía podría batir récords si tuviera tiempo para entrenarse.

—¡Papá me va a enseñar pesca submarina!
—le dije a mamá cuando volvió de la cocina.

—Estupendo, querido —me dijo mamá—, aunque en el Mediterráneo, por lo visto, no quedan muchos peces. Hay demasiados pescadores.

—¡Eso no es cierto! —dijo papá, pero mamá le dijo que no le llevara la contraria delante del niño, que si ella lo decía era porque lo había leído en el periódico. Y volvió a su labor de punto, la mismísima que empezó hace un montón de días.

—¡Pues si no hay peces —le dije a papá—, vamos a parecer un par de pringados debajo del agua!

Papá no dijo nada y fue a dejar sus gafas en el armario. Yo estaba un poco chafado, porque

la verdad es que cada vez que salimos de pesca con papá nos pasa igual: volvemos con las manos vacías. Papá volvió y abrió su periódico.

—Y entonces —dije yo—, ¿dónde hay peces para la pesca submarina?

—Pregúntale a tu madre —me contestó papá—. Ella es la experta.

10 —Los hay en el Atlántico, querido —me dijo mamá.

Yo pregunté si el Atlántico caía muy lejos de donde íbamos, pero papá me dijo que si estudiara un poco más en el colegio no haría semejantes preguntas, y eso no vale, porque en el cole no nos dan clases de pesca submarina, pero no dije nada porque vi que papá no tenía muchas ganas de hablar.

—Habrás que hacer la lista de las cosas que tenemos que llevar —dijo mamá.

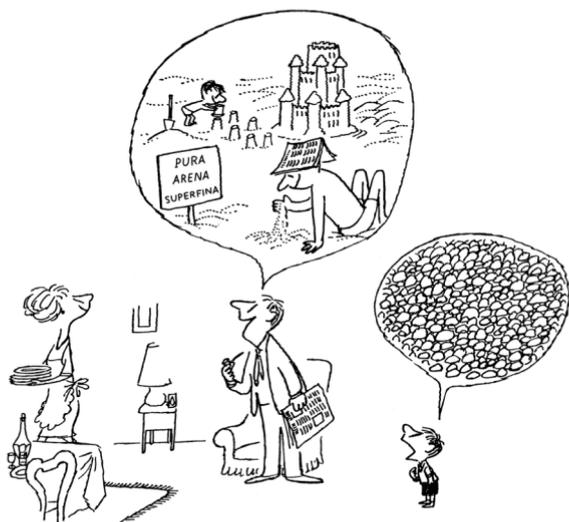
—¡Ah, no! —gritó papá—. Este año no vamos a viajar como si fuéramos un camión de mudanzas. Trajes de baño, pantalones cortos, ropa sencilla, algún jersey...

—Y las cacerolas, la cafetera eléctrica, la manta roja y unos cuantos platos —dijo mamá.

Papá se levantó de golpe, enfadadísimo, y abrió la boca, pero no pudo hablar porque en su lugar habló mamá.

—Sabes de sobra —dijo mamá— lo que nos contaron los Blédurt después de alquilar aquel chalé el año pasado. Toda la vajilla que había eran tres platos desportillados y la cocina solo tenía dos cacerolas, y una de ellas con el fondo agujereado. Tuvieron que comprar lo que necesitaban allí mismo, y a precio de oro.

11



—Blédurt no sabe cómo apañarse —dijo papá, y volvió a sentarse.

—Puede ser —dijo mamá—, pero, si quieres una sopa de pescado, no podré hacértela con una cacerola agujereada. Incluso si conseguimos el pescado.



Entonces yo me eché a llorar. Porque, de verdad, no tiene ninguna gracia ir a un mar donde no hay peces cuando pillan tan cerca esos Atlánticos que están de peces hasta los topes. Mamá dejó su labor, me cogió en brazos y me dijo que no había que ponerse triste por culpa de los estúpidos peces y que estaría encantado cuando viera el mar cada mañana desde la ventana de mi preciosa habitación.

—Bueno, hay que aclarar —explicó papá— que, desde el chalé mismo, el mar no se ve. Pero no está lejos. Solo a dos kilómetros. Es el último chalé para alquilar que quedaba en Plage-les-Pins.

—Claro que sí, querido —dijo mamá.

Y me dio un beso y yo me senté en la alfombra a jugar con las dos canicas que le había ganado a Eudes en el cole.

—Y la playa es de guijarros, ¿no? —preguntó mamá.

—¡Pues no, señora! ¡En absoluto! —gritó papá, entusiasmado—. ¡Es una playa de arena! ¡Y de arena muy fina! ¡No hay un solo guijarro en toda la playa!

—Pues menos mal —dijo mamá—. Así Nicolás no se pasará el tiempo jugando a las cabrillas, lanzando guijarros para que reboten en el agua. Desde que le enseñaste, se ha convertido en una verdadera obsesión.

Y yo me eché otra vez a llorar, porque es verdad que es genial jugar a las cabrillas. Consigo que los guijarros salten hasta tres y cuatro veces, y lo siento mucho, pero no hay derecho a que vayamos a ese chالé viejo con cacerolas agujereadas, lejos del mar y a un sitio donde no hay guijarros ni peces.

—¡Me iré a casa de la abuela! —grité, y di una patada a una de las canicas de Eudes.

Mamá me cogió otra vez en brazos y me dijo que no llorara, que papá era el que más necesitaba unas vacaciones de toda la familia y que, aunque quisiera llevarnos a un sitio cutre, debíamos ir con él y hacer como si estuviéramos contentos.

14

—Pero, pero, pero... —dijo papá.

—¡Yo quiero jugar a las cabrillas! —grité.

—Quizá puedas jugar el año que viene —me dijo mamá—, si papá decide llevarnos a Bains-les-Mers.

—¿Adónde? —preguntó papá, y se quedó con la boca abierta.

—A Bains-les-Mers —dijo mamá—, a Bretaña, donde hay Atlántico, cantidad de peces y un hotelito encantador que da a una playa de arena y guijarros.

—¡Yo quiero ir a Bains-les-Mers! —grité—. ¡Yo quiero ir a Bains-les-Mers!

—Pero, querido —dijo mamá—, tienes que ser razonable. Quien decide es papá.

Papá se pasó la mano por la cara, dio un profundo suspiro y dijo:

—¡Está bien! Ya lo he entendido. ¿Cómo se llama ese hotel tuyo?

—Costabella, querido —dijo mamá.

Papá dijo que bueno, que iba a escribir a ver si todavía quedaban habitaciones.

—No te molestes, querido —dijo mamá—, ya está hecho. Tenemos la habitación 29, frente al mar y con cuarto de baño.

15

Y mamá le dijo a papá que no se moviera porque quería ver si le iba bien el largo del jersey que le estaba haciendo. Por lo visto, las noches son algo frescas en Bretaña.

Una vez que el padre de Nicolás tomó la decisión, lo único que había que hacer era recoger la casa, ponerles fundas a los muebles, quitar las alfombras, descolgar las cortinas, hacer las maletas y no olvidarse de los huevos duros y los plátanos que había que llevar para comer en el tren.

